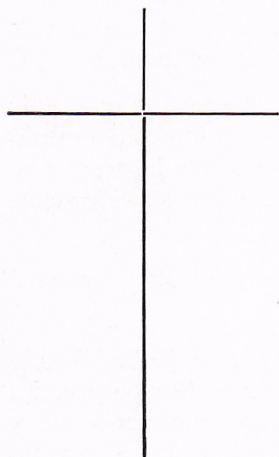


INSPECTORIA SALESIANA

«María Auxiliadora»

Casa Inspectorial

SEVILLA



Queridos hermanos:

El día 4 de noviembre de 1986, a las 13,30, fallecía a los cincuenta y ocho años de edad, en la Casa Inspectorial, rodeado de salesianos y familiares

D. José Hernández Andrés

Vicario Inspectorial.

Hacía dos años que, al comenzar el curso, había sentido un extraño cansancio que atribuía a las preocupaciones y emociones por la muerte de su madre y el haber seguido su trabajo normal durante las vacaciones, sin el oportuno descanso. Llevado al médico a un reconocimiento, se detectó claramente que se trataba de una forma de Hockins (cáncer en los ganglios) bastante avanzado, aunque del

tipo controlable. Inmediatamente se puso en manos del especialista, Subdirector del Centro de Oncología en Sevilla y antiguo alumno suyo, que tomó el caso con sumo interés y cariño.

Desde el primer momento supo la seriedad de su enfermedad y siguió paso a paso su proceso, hablando con frecuencia y con toda normalidad conmigo de la misma, aunque no quiso que nadie más, ni sus mismas hermanas salesianas, lo supieran. A cuantos le preguntaban al verle desmejorado respondía sonriente: «es sólo una pequeña infección en los ganglios que ya voy superando».

Al principio la enfermedad le afectó profundamente, haciéndole perder su natural jovialidad y dinamismo. En seguida, sin embargo, aceptó su enfermedad y viendo además el éxito del fuerte tratamiento a que fue sometido, palpable en las revisiones periódicas, recobró de nuevo su exuberancia y actividad.

En uno de los últimos retiros trimestrales, se confesó y preparó como si su fin estuviera próximo.

Durante los dos años hizo su vida normal y su trabajo de Vicario con la misma entrega, ilusión y proyectos de futuro de siempre. Su vida espiritual, ya rica, se acentuó en una oración más reposada y frecuente y en una preocupación pastoral y religiosa de los hermanos y actividades de la Inspectoría.

Mientras los Consejos de Salesianas y Salesianos estábamos en El Plantío, a finales de octubre, con motivo del Centenario de la venida de las Salesianas a España, me comunicaron que lo habían internado en la Clínica a causa de una fuerte anemia. Dos días antes había estado reunido normalmente con los Jefes de Estudio.

Descubierta la gravedad de la situación, al no reaccionar a las transfusiones, acudí en seguida a su lado. Ya había expresado a sus hermanas salesianas que lo asistían, el deseo de que viniera el Inspector porque él, decía, le hablaba siempre con claridad. Al comunicarle abiertamente su gravedad, me dio las gracias y sin inmutarse lo más mínimo me dijo: «Esto no me preocupa, ya sabes que hace tiempo entregué mi vida totalmente a Dios. Lo mismo me da si quiere llevársela ahora que más tarde», y siguió bromeando como era habitual en él.

Los días 1 y 2 de noviembre concelebramos juntos en su habitación y seguía con sus proyectos y su buen humor. El día 3, por la noche, me confesó que sentía un dolor de cabeza como nunca lo había tenido, insoportable. «¿Qué vas a hacer con este dolor?», le pregunté. «Ofrecérselo al Señor, como todo, por nuestras vocaciones»,

poner su opinión sin pretensiones y discrepar sin herir... Nunca se negaba a ayudar o suplir».

«Alegre, tremendamente humano, jovial, preocupado por su labor apostólica. Con un hombre así no caben las penas», dice otro.

El había encarnado el art. 17 de nuestras Constituciones. No se dejaba abatir por las dificultades, creía en los recursos naturales y sobrenaturales del hombre, no se lamentaba del tiempo en que vivía, aprovechaba todo lo que hay de bueno y, estando siempre alegre, difundía esa alegría y sabía educar en el gozo de la vida cristiana. Por donde pasó fue creando comunidad, uniendo a los hermanos con numerosas iniciativas.

- 2) Su amor a la Congregación y su buen espíritu salesiano, su observante conducta religiosa y salesiana.

Sufría enormemente por el problema vocacional, por la superficialidad e inobservancia de algunos salesianos; fue un entusiasta de dar a conocer todo lo salesiano, sobre todo a D. Bosco y su Sistema Preventivo, que con tanto gusto recuerdan Novicios y Postnovicios de Sanlúcar, a quienes entusiasmó con su conocimiento profundo y sus experiencias prácticas y concretas.

- 3) Su gran cultura y su preocupación por el campo de la educación. Leía mucho y estaba en el corriente de las líneas actuales de renovación educativa. Fomentó la presencia de salesianos y colaboradores seculares en cursillos de actualización didáctica y pedagógica y fue el alma de las Jornadas Pedagógicas que se vienen celebrando periódicamente en la Inspectoría, para religiosos y seculares de toda la Familia Salesiana.

Don Francisco Javier Montero, salesiano de noventa y dos años y benemérito de la Inspectoría, escribe de él: «un gran hombre y un gran salesiano de Don Bosco, siempre tranquilo, eufórico y optimista, lleno de fe como Don Bosco y entregado a todos con generosidad». Es el mejor elogio, que compartimos todos los que lo hemos conocido.

Su testimonio de vida, especialmente en el momento de su entrega definitiva, son un estímulo para todos, y, como se pedía en las preces de la Eucaristía, esperamos que nos alcance numerosas vocaciones salesianas de cuerpo entero como la suya.

«La muerte (escribía) es la nueva Pascua del cristiano, la gran fiesta de la Congregación». «Nuestros hermanos han optado por el

en Sevilla, se licencia en Pedagogía en el PAS; pasa a la Universidad Laboral como responsable del Magisterio de Costumbres. Al año siguiente, 1961, es nombrado primero Vice-Rector y en seguida Rector de la misma, cargos que desempeñará por siete años.

A pesar de las dificultades inherentes al primer período en que la Congregación asumió la responsabilidad total de la Universidad Laboral, su paso como Rector es recordado como uno de los más ricos en iniciativas y en cordialidad, y su persona como «un personaje humano excepcional», «cuyas virtudes, caballerosidad y hombría de bien sacerdotal» es imposible olvidar.

Los seis años de Director en Sevilla-Trinidad, en los que se completó la obra de remodelación del Colegio, los tres años de Ecónomo Inspectorial y los tres de Director de Mérida, fueron expresión de su gran interés y preparación para todo lo educativo-cultural, que lo caracterizará siempre.

Pasa después un año en Roma realizando un curso de Espiritualidad y Pastoral, para dedicarse a continuación, en Sanlúcar la Mayor a las Casas de Formación con los Novicios y Postnovicios, primero como formador y luego como Director.

Con toda esta riqueza de experiencia salesiana, es nombrado Vicario Inspectorial en 1983 y Responsable del sector educativo-cultural en la Inspectoría.

Hombre fiel, confidente seguro, incansable en su trabajo, participó siempre con entusiasmo y generosidad en todas las iniciativas inspectoriales y colaboró ampliamente con la Delegación Nacional de Pastoral Juvenil. «En él hemos encontrado siempre —nos dice el Delegado Nacional— un apoyo decidido y entusiasta a toda iniciativa referente al aspecto educativo-escolar».

Durante su vida siempre alegre, optimista e incansable, ha sido para todos un «buen amigo» que pasó «haciendo el bien».

Algunos rasgos de su persona

- 1) Su simpatía, su espíritu extrovertido, su alegría, su bondad...; todos coinciden en reconocer su exuberante alegría expansiva y optimismo salesianos, su generosa amistad ofrecida y abierta a todos, su buen humor, siempre dispuesto a ayudar y a colaborar, su acogida afectuosa, su espíritu de servicio. «A su lado, dice un compañero, uno se sentía feliz y optimista. Sabía ex-

me respondió. Le insistí que si podíamos evitarlo había que hacer lo posible por nuestra parte y que se lo dijera a los enfermeros. Estos le pusieron una inyección. Encontrándolo más tranquilo me despedí hasta el día siguiente, no sin pedir a la hermana que si notaba algo extraño esa noche, avisara inmediatamente.

Alrededor de la una y media llamó y cuando llegó el Delegado de Pastoral Juvenil, que recogió la llamada y no quiso inquietarnos, ya no le reconoció. Había rezado con su hermana a María Auxiliadora y había comenzado a hablar de los jóvenes: «Veinticinco por ciento dedicado a los jóvenes...» «Calla, le dijo su hermana; tú has entregado toda la vida a los jóvenes», y no pudo contestar, perdiendo el conocimiento, que ya no recobró.

A mi llegada el médico confirmó un derrame cerebral y la situación ya sin solución. Transportado a Casa, se fue apagando entre las oraciones y el cariño de todos. Había llegado el momento de soltar las velas, las amarras, como decía San Pablo a Timoteo.

Su muerte puso de manifiesto el gozo de una vida fundada sobre el encuentro con Cristo que es la resurrección y la vida. Como la de Cristo, fue un sacrificio, una entrega de sí mismo, en favor de los demás.

El funeral, celebrado en el Santuario de María Auxiliadora, totalmente lleno, y presidido por el Sr. Arzobispo D. Carlos Amigo, fue la expresión del cariño y afecto de toda la Familia Salesiana, de la Iglesia diocesana y de tantas personas que él había tratado durante su vida. ¡Cuántos testimonios conocí en esa ocasión del bien que hizo en silencio a innumerables personas!

La despedida fue un grande y sencillo acto de reconocimiento, mejor de gratitud, a Cristo por el don que nos hizo en don José.

Datos biográficos

Don José Hernández había nacido en Villarino de los Aires (Salamanca) el día 5 de julio de 1928, en el seno de una familia sencilla y cristiana que entregó a Dios tres de sus hijos: Don José, salesiano, y María del Carmen y Gloria, Hijas de María Auxiliadora.

El año 1947 hace su primera profesión en San José del Valle e inicia la filosofía en Consolación de Utrera. Concluido el servicio militar, hace el trienio en Antequera con los Aspirantes. Ordenado sacerdote en el 56 y después de un año en el Hogar de San Fernando

Señor de la vida, por el Señor de la resurrección, por el Señor para la construcción de su Reino».

Que María Auxiliadora, a quien tanto amó, Titular de nuestra Inspectoría, nos ayude a seguir viviendo y transmitiendo el estilo original de vida y de acción, el espíritu salesiano, que Ella misma enseñó a Don Bosco y que don José vivió tan plenamente.

Vuestro afmo. en Cristo

CELESTINO RIVERA, Inspector

Sevilla, 11 febrero 1987 (Ntra. Sra. de Lourdes).

Datos para el Necrologio:

P. José Hernández Andrés, falleció en Sevilla el 4 de noviembre de 1986, a los 58 años.